

ACERCA DE LOS JUEGOS DEL DUENDE. EL TALLER DEL LECTOR Y EL ESCRITOR, DE JORGE RAMÍREZ CARO

*Juan Diego Moya Bedoya**

RESUMEN

La presente contribución versa sobre las tesis preponderantes de *Los juegos del duende*, escrito teórico y reflexivo del narrador Jorge Ramírez Caro respecto de las operaciones escritural y lectural, conceptuadas como momentos de un continuo procesual. La contribución teórica del texto permite al lector esclarecerse a sí mismo respecto de las condiciones inmanentes de la generación de los sentidos, y acerca de cómo la lectura, lejos de ser exclusivamente pasiva –lejos de ser pretendidamente receptacular–, implica al lector en cuanto activo productor de aquellos.

Palabras clave: Escritor, lector, sentido, interpretación, intertexto.

ABSTRACT

This paper provides an approach to Jorge Ramirez' *Los juegos del duende*, theoretical and reflective book concerning writing and reading *quatenus momenta* of one single continuous process. The book's contribution prepares the reader in order to clarify himself with regard to the inherent conditions of sense generation, and as for how the reading process, far from being exclusively a passive operation, implies the reader as an active sense producer.

Key Words: Writer, reader, sense, interpretation, intertext.

El escritor Jorge Ramírez Caro, nacido en San Jacinto, Colombia, en 1964, y residente desde hace veintidós años en Costa Rica, confirma el venturoso concepto que respecto de su producción abrigamos los más. Semejante confirmación corre por cuenta de *Los juegos del duende. El taller del lector y el escritor* (2003), fructuosa reflexión respecto de los procesos mismos de la producción del sentido. Henos en presencia de un texto que contiene, por modo virtual, una teoría respecto de las condiciones misma de la producción del sentido y el texto.

Jorge Ramírez Caro no limita su inexhaustible curiosidad a meramente suministrar una teoría hermenéutica, a saber: una teoría respecto de la determinación o la identificación del sentido. En acuerdo con Jorge, quien desborda,

por virtud de su afiliación teórica, los límites mismos del planteo convencional e inveterado, la interpretación del texto implica la creativa reelaboración de éste último. La *interpretatio* se compenetra, intrínsecamente, con la recreación del texto por inteligir o interpretar. Henos en presencia, reiteramos, de mucho más que una hermenéutica convencional, réplica de lugares comunes. La serenidad y la madurez teórica del autor se revelan, por manera emblemática, en los capítulos que ha consagrado, en la segunda parte de su obra, al examen de un tópico pletórico de vetustez y no, por ello, deleznable o impunemente arrumbable: el tema de la imitación (*imitatio*) en materia de producción estética, imitación o *mímeesis* que Jorge conceptúa, en acuerdo cabal con el Estagirita de la Poética y con el

* Docente e investigador de la Escuela de Filosofía, Universidad de Costa Rica. Secciones de Historia del Pensamiento y de Metafísica
Recepción: 13/2/07 Aceptación: 30/3/07

Marco Fabio Quintiliano (25-95 A. D.) de *De Institutione oratoria*, como mucho más que una mera réplica, la cual no cabe, a fuer de que la Naturaleza parece observar, infrangiblemente, el principio de identidad de los indiscernibles, y el correlativo de indiscernibilidad de los idénticos (*principium identitatis indiscernibilium*) (cf. los Tópicos, de Aristóteles de Estagira [libro vii, capítulo i [pp. 152 a, 152 b]]). El paradigma jamás es tal que la imitación de éste jamás es total ni exhaustiva. La imitación es, si se quiere, una fetífica causa procatártica del autodescubrimiento del lector, esto es, del avizoramiento o el columbramiento, por parte de éste, quien es también un exégeta y un intérprete, de un mundo endógeno, constituido por las consecuencias o los precipitados de las ideaciones y las invenciones (en cuanto actos de positiva invención), las cuales jamás transitan sobre materia extrínseca, sino que permanecen en el agente cognoscente, así como lo hace todo efecto emanativo (cf. Ramírez Caro, 2003: p. 158).

Desde la prolación misma del título del texto, visiblemente influido por la teorización de Mijaíl Mijailovich Bajtín (1895-1975), Jorge apunta hacia una interpenetración dialéctica, coconstitutiva, de lectura y escritura. Toda lectura auténtica es, en verdad, la reescritura de lo leído. No existe proceso lector alguno que no implique una rigurosa recreación por parte del enunciatario del texto literario. La obra de Jorge se nos propone como una estimulante reflexión acerca del intrincado proceso temático semántico de la *interpretatio*, es decir, la determinación del sentido connotado por los constructos discursivos. Jorge, ciertamente influido por Bajtín (el de por ejemplo el texto de 1929: *Problemas de la poética de Dostoievski*, inédito hasta 1979), estima imperativo rebasar el ámbito de los análisis meramente formales de especie lógica, sintáctica, temática-semántica, en orden a teorizar con adecuación y disposición proficua respecto de la dimensión bivocal y dialógica de la palabra, la cual, como sabemos, solamente ostenta onticidad y significación auténtica en cuanto inviscerada en un contexto prolativo, en una situación de

enunciación, en una trama y en una urdimbre de relaciones (remitimos al quinto capítulo del texto, previamente enunciado, de M. Bajtín, intitulado “La palabra en Dostoievski”).

El teórico de la intertextualidad, vocable que ha sido acuñado por Julia Kristeva –Bajtín refiriose, antes bien, a una *palabra enmarcada*, semánticamente opaca y polisémica en la medida en que es habitada por una pluralidad de perspectivas, voces y valores; la cual es plurívoca y polifónica) invisceradas en polimorfos situaciones sociales, culturales e históricas-, sentó el fundamento de la conceptualización de la subjetividad lectora, transida por multitud de intertextos, *qua* pluralidad ínsita (cf. Ramírez C., 2003: p. 172). En esta medida, ni el autor ni el lector educen contenidos a *nilo*, ni son creadores a partir de la nada, a fuer de que las prácticas de la escritura y la lectura se encuentran pervadidas y signadas por los textos todos inmersos en una tradición cultural, de la cual son partícipes o ectipos; y, por añadidura, de la formación social concreta en la cual han sido, el autor y el lector, fraguados (Loc. cit.).

En esta medida, la ideología burguesa respecto de la identidad inamisible de una subjetividad empírica o transcendental, propende al colapso. No es posible, en efecto, la aprehensión de sentido textual alguno abstracción material hecha de su relación con una plétora y una malla reticular textuales. Quien produce el texto, su opífice, y quien lo lee, su enunciatario, son programados por un sujeto transindividual (expresión acuñada por Lucien Goldmann). En esta medida, el proceso de la lectura-escritura entraña a condicionamientos deterministas, a fuer de que el conjunto todo de las posibilidades de lectura es determinado y jerarquizado por la sociedad, la historia y la cultura (cf. Ramírez C., 2003: p. 173).

Jorge parece contar con *l'esprit de finesse*, aludido por Blaise Pascal (1623-1662) en las misceláneas (*Mélanges*) de lo que habría debido ser un texto portentosamente apologético: *Les pensées*. En el párrafo cdlxv de la obra, en acuerdo con la edición establecida por Michel Le Guern (Paris, 1977), Pascal hace referencia a dos espíritus o disposiciones espirituales: el espíritu

de fineza o *justesse*, y el espíritu de geometría (*esprit de géométrie*). El espíritu de fineza, con el cual cuenta Jorge, es la capacidad noética y reflexiva de penetrar viva y profundamente en las consecuencias mismas de los principios sentados con prelación. El espíritu de geometría, en cambio, consiste en la aptitud de atender con simultaneidad, y con distinción de la intuición, a la pluralidad de los principios mismos:

L'un est force et droiture d'esprit; l'autre est amplitude d'esprit. Or l'un peut bien être sans l'autre, l'esprit pouvant être fort et étroit, et pouvant être aussi ample et faible (Pensées, cdlxv).

El hermoso y cautivante texto de Jorge es pletórico, no solamente de densidad semántica y conceptual, sino también de diafanidad expositiva. Jorge se nos revela, en el transcurso de la lectura de las 244 páginas de la obra, un hombre provisto de una incoercible y venturosamente plasmada vocación pedagógica. Pocos textos de nuestro medio académico hemos leído, que conjuguen con tal virtuosismo la seriedad del concepto, el apropiado tratamiento de la profundidad de la cosa y, finalmente, la perspicuidad expositiva. Aflora, en el Jorge Ramírez Caro pedagogo, aquella feracísima reflexión de Marco Fabio Quintiliano, el afamadísimo pedagogo retórico hispano de Calahorra, vertida en su *De Institutione oratoria*. Quintiliano estableció que la virtud primera de la elocuencia es la claridad discursiva y expositiva:

No lo niego; pero el maestro que lo tenga, es preciso que sea prudente y que se achique y acomode a la capacidad del discípulo, a la manera que un grande andarín, si caminase con un niño, le daría la mano, acortaría el paso y no avanzaría más de lo que pudiese el compañero. ¿Y qué diremos que por lo regular, cuanto más hábil sea el orador, su explicación ha de ser más perceptible y clara? Pues la primera virtud de la elocuencia es la claridad. Vemos también que cuanto más limitado es cada uno, tanto más intenta el empinarse y ensalzarse... Y así cuanto más ruin sea el maestro, tanto más obscuro será en la explicación (*De Institutione oratoria*, Tomo i, Libro i, capítulo iii [Galino, 1982: p. 59]).

Jorge ha también subrayado, con vehemencia y tino, la necesidad de no disociar a los aspectos cognoscitivo, volitivo y emotivo. La escisión del pretendido infante (*infans*) –aquél que no puede manifestarse por sí mismo, a fuer de que carece del habla-, conduce meramente a esterilizar al proceso de la lectura, a emascularlo a cabalidad, en el sentido de despojarlo de sus más recónditas y fructuosas virtualidades elicentes. Critica Jorge, con arrebatado, la dimensión pragmáticamente sacrificial y deletérea del racionalismo unilateral, que desde nuestra perspectiva atribuye, quizás con festinamiento, a René Descartes (1596-1650), autor que, empero, valoró afirmativamente la capitalidad de la contribución de la *imaginatio* a un quehacer intelectivamente prócer: el geométrico. En efecto, en su epístola del 28 de junio de 1643, cuya enunciataria era la princesa palatina Elizabeth, hija del destronado rey de un invierno: Federico de Bohemia, Descartes se refirió a la existencia de tres especies de nociones simples, ínsitas en el espíritu humano: la de la *res cogitans*, la de la *res extensa* y, finalmente, la de la *unio compositionis* de especie psicósomática. El conocimiento de la extensión, la esencia de la cual es la tridimensividad (tal y como el filósofo de Touraine lo ha estatuido en la segunda parte de sus *Principia Philosophiae* [1644]), puede conducirse mediante el solo intelecto, por conducto de la *simplex inspectio mentis*. No obstante, tanto más fecundo es el tratamiento de los problemas geométricos cuanto con mayor asiduidad se recurre, con simultaneidad y concertación sinérgica, al auxilio de esa facultad ancilar (cf. el octavo comentario de las *Regulae ad Directionem Ingenii* [1701]), legítima empero en su subordinación, que es la imaginación.

La primera parte de la obra de Jorge nos sorprende gratamente, a los reverentes cervantófilos, con un estupendo artículo consagrado a *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha* (1605, 1615), intitulado: “Vivir, leer y crear desde la vida y la lectura con el *Quijote*”, reelaboración de una previa contribución monográfica publicada por *Imágenes*, en el mes de diciembre del año 1997, scil.: “Leer, vivir y crear con el *Quijote*”. Una de las conclusiones a

las cuales arriba el autor en el presente capítulo, es la referente a la afirmación de la inexistencia de un divorcio o, por mejor decir, escisión o sima insuperables e insalvables, entre realidad y ficción. Jorge parece, inducido a ello por la incomparable producción textual del literato alcalaíno, problematizar, con el don Quijote de la Mancha del capítulo vigésimo nono de la segunda parte de la novela, la existencia de criterios demarcatorios unívocos, de especie rigurosamente epistemontológica, de lo entitativo y lo fenoménico, de la existencia y la apariencia, el ser y el parecer ser. En acuerdo con la propuesta epistemontológica de Jorge, realidad y ficción participan de un *continuum* en el cual no cabe discernir ni discriminar, con precisión irrefragable, la existencia de lindes o fronteras entre una determinación y la otra, *scil.*: la determinación formal de la entidad u onticidad, y la determinación formal de la textualidad o, por mejor decir, la ficcionalidad. Ficción y onticidad participan, desde esta peculiar perspectiva, grandemente grata a exégetas, filólogos, etc., de una unidad dialéctica de interpenetración de determinaciones contextualmente contrapuestas, la verdad o el *inveramento* de cada una de las cuales parece residir en su correferencialidad, en el traspaso hasta la contraparte, tal y como lo planteó Georg Wilhelm Friedrich Hegel respecto de la unidad sintética del *Sein* (el ser) y el *Nichts* (la nada), en el punto mismo de partida (*terminus ab quo*) constructiva de su ingente texto de los años 1812 y 1816: *Wissenschaft der Logik*. Refirámonos a continuación al memorable texto cervantino, perteneciente al donoso y también paródico capítulo vigésimo noveno de la segunda parte –respecto de una iniciación frustrada y malograda, hecho que confiere sentido a la aserción final del capítulo (“De la famosa aventura del barco encantado”): *Volvieron a sus bestias, y a ser bestias, don Quijote y Sancho, y este fin tuvo la aventura del encantado barco-*, en el cual don Quijote se nos revela, insólitamente, por vez primera claudicante ante la incontrastable resistencia que le es, pertinaz y obcecadamente, opuesta

por un entorno desprovisto de ánimo propicio, y plétórico de hostilidad contra la prosecución y consecución de empresas caballerescas:

–¡Basta! –dijo entre sí don Quijote-. Aquí será predicar en desierto querer reducir a esta canalla a que por ruegos haga virtud alguna. Y en esta aventura se deben de haber encontrado dos valientes encantadores, y el uno estorba lo que el otro intenta: el uno me deparó el barco, y el otro dio conmigo al través. Dios lo remedie, que todo este mundo es máquinas y trazas, contrarias unas de otras. Yo no puedo más (*Segunda parte del ingenioso caballero don Quijote de la Mancha*, cap. xxix [Cervantes, 2004: p. 777]).

Jorge refiere también a la cuarta de las partes componentes de la primera parte de *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha* (1605), capítulo cuadragésimo quinto, donde Alonso Quijano –cuyo nombre no se ha estatuido aún con fidelidad cabal, a fuer de que el labriego Pero Alonso hace referencia, en el quinto de los capítulos de la primera parte de la primera parte (capítulos i-viii), a un señor Quijana, no a Alonso Quijano el Bueno (al cual se alude en el último de los capítulos de la segunda parte, a saber: el septuagésimo cuarto)- manifiesta reservas harto propias de un efético o zetético antiguo, esto es, un practicante riguroso de la austeridad prolativa del escepticismo en su variedad pirrónica, *scil.*: la de los perennes e inlaudicables pesquisidores dispuestos a practicar, sistemáticamente, la *epochée*, como haya ausencia de aprehensión, clara y distinta, de criterios epistémicos formales e inequívocos para el discernimiento de las representaciones verdaderas respecto de las falsas. Escuchemos a nuestro venerando hidalgo manchego:

–Por Dios, señores míos –dijo don Quijote-, que son tantas y tan estrañas las cosas que en este castillo, en dos veces que en él he alojado [hace referencia al punto de encuentro o de convergencia de interpolaciones diegéticas (o metarrelatos) y de incidencias propias de la primera parte del texto cervantino, a saber: la venta de Juan Palomeque el Zurdo], me han sucedido, que no me atreva a decir afirmativamente ninguna cosa de lo que acerca de lo que en él se contiene se preguntare, porque imagino que cuanto en él se trata va por vía de encantamiento (Primera parte del ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha, xlv [Cervantes, 2004: p. 467]).

Con motivo de reflexiones de esta guisa asistimos, en el texto de Jorge Ramírez Caro, al reconocimiento de la existencia de una potencia idealizante y transfiguradora del psiquismo de Alonso Quijano, eductora, no precisamente *ex nihilo*, sino sobre la base de la feracidad incontrastable de la intertextualidad, de mundos íntegros a partir de la *imaginatio*. La imaginación, como sabemos, posee una alucinante potencia creativa, apta para la *cosmopoiesis*, esto es, la producción de mundos íntegros de especie alternativa que, en su estatuto utópico, fungen cual horizonte de aspiración, demandado por la dimensión asertiva o conativa de la especie humana. No sería posible, en efecto, el arrostrar la riguridad y sinsabores de la existencia en ausencia de capacidad de ensoñación. Echamos en falta, sin embargo, una referencia a la tesis sartreana (expuesta en, por ejemplo, *L'imaginaire*) de la desrealización operada por la imaginación.

Jorge procede a esclarecernos y a instruirnos con base en la enumeración de un decálogo actitudinal que propicie a la lectura en orden a la escritura, h. e., el proceso de decodificación en orden al de la producción textual. En acuerdo con Jorge, no propone un algoritmo ni una fórmula irrefragable sino, antes bien, formaliza una estrategia que, en su propia actividad lectora y textualmente factiva, ha rendido opimos y dichosos frutos. En primer lugar, se ha de leer con el propósito de que el texto funja, efectivamente, cual instancia substancialmente interpelante e interlocutiva y, por qué no, anacrítica, i. e.: provocadora en el enunciatario de respuestas, contestaciones, impugnaciones y recreaciones activas de los insumos participados por la instancia anacrítica, a saber: el tábano socrático.

En segundo lugar, propone Jorge el recurrir a textos que posean potencia singular para la evocación o la anamnesia de tesis, conceptos, expectativas, etc., h. e., capacidad para transfigurar activamente al sujeto lector e intérprete.

En tercer lugar, promueve el autor la consolidación de un hábito de relectura; concretamente, el de pasajes insólitamente conmovedores e interpelantes; aquellos que han calado con mayor intensidad en medio de los entresijos y

reconditeces del espíritu enunciatario y decodificante de los representámenes.

En cuarto lugar, Jorge propone transir la lectura de escritura, a saber: de reelaboración activa a partir de la cuantiosa copia de los intertextos.

En quinto lugar, promueve la relectura en orden a establecer, reflexivamente, cómo el texto nos hace experimentar lo que experimentamos cuando leemos. En este respecto, aflora el momento de la *réflexion*. Hemos en presencia de aquello que John Locke habría denominado fase de la construcción o articulación de ideas simples de reflexión.

En sexto lugar, propicia Jorge la conjunción, harto compleja por cierto, de la lectura destinada a la sensación y la experimentación, y la lectura télicamente reflexiva. En acuerdo con Jorge, semejante ejercicio ha de devenir un hábito, esto es, una disposición del sujeto experimentador y reflexivo. Hemos en presencia de la dimensión existencial, del respecto de la instauración disposicional de la estrategia propugnada por Jorge.

En séptimo puesto, figura la identificación de aquellas lecturas que orientan retrospectivamente hacia la puericia, hacia los contenidos oníricos, hacia las reminiscencias, etc. He aquí la fase anamnésica de la estrategia previamente aludida.

En octavo puesto, sitúase la determinación del *tópos* y el momento crónico idóneos, en punto a feracidad, para la lectura y la correlativa escritura. A la correspondiente ubicación de la conciencia cabe denominarla momento o dimensión cronotópicos de la unidad sintética e interpenetrante de lectura y escritura.

En noveno puesto, propicia Jorge la preservación del vínculo, complejo y diferenciado, de vida y lectura en el proceso de lectura y escritura. La vida misma, en la plenitud de su complejidad, riqueza, autotelismo, automorfosis, autonomía y tensionalidad inmanente y automotora, constituye un referencial imprescindible y no susceptible de arrumbamiento en el marco del proceso de lectura-escritura. Éste último devenir, télicamente cualificado o especificado (a saber:

devenir con *terminus ad quem*), involucra a una esencial referencialidad hacia la vida. Es la vida la alfarera de las experiencias, de la *conexión sintética de las intuiciones*, por parafrasear la definición nominal kantiana de la *Erfahrung* (en la *Analítica trascendental* de la *Kritik der reinen Vernunft* [1781, 1787]), de las remembranzas, de los estímulos de cavilación asidua, de la constelación de los valores y de los fines, etc. En ausencia de recurso a las riquezas insondables e inexhauribles de ésta última, la literatura reduce a un ejercicio monotónico y monocorde. La estimulante y anacrítica intrusión de la vida en el escenario de la lectura y la escritura es aquello que imposibilita el que los constructos textuales devengan vacuos e intrincados entramados laberínticos de referencias entrecruzadas y últimamente corremitentes; esto es, de una autorreferencia ampulosa y vacua, desprovista de sustancia semántica y vital.¹

En las enjundiosas cavilaciones subyace, no nos cabe duda razonable respecto de ello, un voto de confianza en refrendo mismo de la vida, semejante al exteriorizado por el arquetipo dostoiévskiano mismo de la mansedumbre: el príncipe Myshkin, en el séptimo capítulo de la cuarta y última parte de *Idiot*:

¿Qué importa que por cada hombre progresivo haya miles de personas reaccionarias y perversas? Pero vea usted: el motivo de que esté tan feliz ahora es que no hay, ni mucho menos, miles de ellas, sino que la sustancia de la vida está presente en todas ellas (Dostoiévski, 1999: p. 775).

Asimismo, no es posible el poner en tela de juicio a la apuesta en sentido pascaliano de Jorge en favor de la preponderancia del amor. Por decirlo con el vate Isaac Felipe Azofeifa en la última (la quincuagésima quinta) de las pequeñas odas constituyentes de *Cima del gozo*:

Y amor es siempre la razón del mundo.

Por mediación del momento conativo del amor, de aquella propensión que inclina, según el Judá Abrabanel de los *Dialoghi d'amore*

(*Philographía vniversal* [1535]), libro primero, a la vinculación unitiva con el objeto, y que León Hebreo ha sabido, por boca de Sofía, discernir apropiadamente del deseo, la vida deviene rigurosamente automórfica, autoconstituyente, autopositiva:

Crece en ti mi simiente.

En ti se expande la célula original

Del universo.

Por eso eres,

Bendecida entre todas.

Yo he nacido en tu vientre.

Bendito sea el fruto de este amor;

El hijo nuestro

(Oda liv de *Cima del gozo*
[I. F. Azofeifa, 1974: p. 76]).

En último lugar, el autor procede a destacar la necesidad de encauzar y orientar al contenido mismo de la propia vida, al propio *itinerarium mentis in veritatem* (o bien *in bonitatem et in pulchritudinem*) de especie raigalmente conativa, en función del complejo lectura-escritura y la plasmación de un artificio estético capaz de incorporar a la existencia, pensamiento y bien mismos de la especie humana, la voluntad de la cual es boniforme en el sentido de que involucra a una incoercible propensión hacia el bien –la cual no es meramente voluntaria sino también intencional–, hacia el ente mismo bajo la especie de la apetecibilidad (*ens et bonum convertuntur*) (cf. *Los juegos del duende. El taller del lector y el escritor*. Editorial de la Universidad Nacional, Universidad Nacional, Heredia, Costa Rica, 2003, pp. 89, 90).²

* * *

Jorge culmina su hermoso texto con la enumeración de diez *rationes essendi* de, respectivamente, la lectura y la escritura. Procedemos a glosarlas a inmediata continuación:

En primer lugar, se lee con el propósito de canalizar expresivamente la propia disposición hacia la apertura; apertura relativamente a la alteridad, el mundo, la novedad, lo inédito, etc. En segundo lugar, se lee en orden a coincidir consigo mismo, con el universo y con los otros. El leer viene a ser, desde este punto de mira, una apertura transfiguradora de sí hacia la alteridad; una recepción transformadora de lo exterior y de lo otro, en sí mismo. En tercer lugar, se lee un texto con la finalidad de, simultáneamente, leerse a sí mismo. La lectura equivale a una fructífera autoscopia, e involucra a la práctica de la *simplex inspectio mentis* relativamente a sí mismo (*quoad se*). En cuarto lugar, se lee con el propósito de experimentar la vida, no solo con la finalidad de inteligirla. En quinto lugar, se lee en orden a metamorfosearse a sí mismo. El proceso de lectura es rigurosamente metamórfico según un sentido automórfico, autoconstituyente. En sexto lugar, se lee para plasmar a un *itinerarium mentis in veritatem*, periplo del espíritu en dirección de sí, de sus entresijos y recóndita intimidad. En séptimo lugar, se lee para recordar y para conferir sentido a lo presente. En octavo lugar, se lee para doblemente vivir, para recobrar a sí mismo con plenitud, integralidad y organicidad. En nono y penúltimo lugar, se lee a fuer de que la lectura es una instancia privilegiada de manumisión de sí respecto de las compulsiones de lo extrínseco; singularmente, respecto del proceso de fetichización de la mercancía, sobre el cual teorizó magistralmente Karl Marx. Podríamos añadir, con pedagogos humanistas como Guarino de Verona, que las letras nos proporcionan una instancia de inmortalidad sucedánea (cf. R. Mondolfo, 1980: p. 213), a saber: inmanente e intrahistórica, por vía de evocación o de anamnesia.

En último lugar, se lee porque la lectura es, en cuanto tal, un modo idóneo de prodigamiento a los otros, al universo mundo, de lo mejor que se atesora dentro de sí. La lectura vendría a ser, en esta medida, un superlativo y paradigmático acto de munificencia y, mejor aún, de amor. El amor, como sabemos, es una incoercible potencia cosmopoyética.

¿Pará que escribimos? Cabe aportar diez *rationes sufficientes* del proceso, intrínsecamente vinculado y fusionado con el de la lectura, de la escritura. En primer lugar, se escribe porque se es, concomitantemente, un *lector mundi*. En segundo lugar, se escribe porque la escritura es, en cuanto tal, autoanálisis. En tercer lugar, se escribe porque se juega con los mundos endógeno y exógeno, *i. e.*, con el mundo presentido y sentido, y con el mundo percibido y vivido.

En cuarto lugar, se escribe para recordar y para recuperarse con esclarecimiento a sí mismo. Henos en presencia de la inveterada divisa del *conócete a ti mismo*, grandemente apreciada de Sócrates de Atenas. En quinto lugar, se escribe con la finalidad de expresar lo rigurosamente inefable. En sexto, se escribe con el fin de consolidar un espacio de irrenunciable e inalienable soledad creativa, sin embargo del reconocimiento de la propia polifonía y la propia intertextualidad. En séptimo lugar, se escribe porque la escritura es un modo, deleitable a carta cabal, de instauración vital en el mundo, de afirmación gozosa de sí. En octavo, se escribe para proponer una lectura y una valoración de lo pretérito, de lo acaecido, de lo solamente existente bajo la especie del modo retrospectivo de la presentificación (por parafrasear al Agustín de *Confessiones*, libro xi, capítulo xx).

En penúltimo lugar, se escribe para renovar los más antiguos modos de percepción y de valoración. Se escribe, si se quiere, para autenticarse, para retornar a las fuentes o veneros de lo que profunda y substancialmente se es, *sicut cervus ad fontes*. Finalmente, se escribe para asumir al mundo y a los otros en su esencial y estupefaciente pluralidad cualitativa y formal. La escritura deviene, desde la presente perspectiva teórica, una manera emblemática de concrescencia de la humanización del hombre.

* * *

Para finalizar, hagamos mención de que el bello libro de Jorge es, para su lector re creador,

una feracísima ocasión de autoconstitución, no precisamente depauperante. La lectura-escritura constituye, para Jorge, un proceso complejo, intrínsecamente diferenciado y tensional, de psicomorfismo y automorfismo.

Lectura y escritura son expresiones privilegiadas y paradigmáticas de una ética de la vida –y de la solidaridad consentánea. Lectura y escritura son causas procatárticas de autoconstitución –huelga añadir humanizante-, y dimensiones irrenunciables e insoslayables de una fecunda praxis de liberación.

Mediante la lectura, reiteremos, el lector recreador descubre al otro dentro de sí, *h. e.*, la esencial referencia al *otro que sí*, ínsita en su propia subjetividad introspectiva y autorreflexiva. La subjetividad humana importa, en esta medida, a una incoercible proclividad hacia el titular de alteridad.

Notas

- 1 Cabe, en inmediata relación con lo anteriormente enunciado, hacer referencia al enfoque epistemológico de Immanuel Kant (1724-1804). Existe, en el hombre, una dimensión de receptividad, la cual es la sensibilidad. Ésta última solamente puede ser modificada o afectada, en la medida en que acusa, *ab extrinseco*, un influjo causativo.

Amén de aquélla, existe en el hombre un momento facultativo de espontaneidad representacional: el intelecto (*Verstand*), facultad de conocimiento mediante conceptos. En acuerdo con Kant, ambas facultades concurren solidaria y sinérgicamente en la operación cognoscitiva, en el sentido de que, en ausencia de intuiciones empíricas, no habría objeto dado alguno de conocimiento; y, en ausencia de conceptos intelectuales puros, no habría contenido alguno de inteligibilidad del objeto de cognición. Así, pues, los pensamientos desprovistos de intuición correlativa son informativamente vacuos; y la intuiciones empíricas carentes –*per impossibile*– de concepto, vendrían a ser cabalmente ciegas (cf. Immanuel Kant: *Kritik der reinen Vernunft* [B 75]), esto es, ininteligibles.

- 2 La creación, de acuerdo con Jorge Ramírez C., consiste en la proyección de novedad y atractibilidad

sobre contenidos inveterados y vetustos, o bien arcaicos. La novedad, implicada por la *creatio*, reside puntualmente en el modo de presentación, en el modo de donación de lo nominado o referido. Es formal antes que substantiva o material (cf. Ramírez C., 2003: p. 182)

Bibliografía

- Azofeifa, Isaac Felipe. 1974. *Cima del gozo. Pequeñas odas*. San José, Costa Rica: Editorial Costa Rica.
- Bajtín, Mijaíl M. 1986. *Problemas de la poética de Dostoievski*. México, D. F.: Fondo de Cultura Económica, Colección Breviarios.
- Cervantes Saavedra, Miguel de. 2004. *Don Quijote de la Mancha*. Edición del cuarto Centenario, Edición y notas de Francisco Rico. Madrid, México, D. F.: Real Academia Española, Asociación de Academias de la Lengua Española.
- . 1991. *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*. En *Obras completas. Tomo II*. Edición de Ángel Valbuena Prat. México, D. F.: Aguilar, S. A. de Ediciones.
- Dostoievski, F. Mijailovich. 1999. *El idiota*. Versión directa del ruso de Juan López-Morillas. Madrid: Alianza Editorial, Colección El Libro de Bolsillo, Sección de Literatura.
- Kant, Immanuel. 1997. *Crítica de la razón pura*. Décima tercera edición, Introducción, traducción y notas de Pedro Ribas. Madrid: Ediciones Alfaguara, Colección Los Clásicos Alfaguara.
- Mondolfo, Rodolfo. 1980. *Ideas y figuras de la filosofía del Renacimiento*. Barcelona: Editorial Icaria.

- Pascal, Blaise. 1977. *Pensées*. Édition présentée, établie et annotée par Michel Le Guern, Paris, Éditions Gallimard, Collection Folio Classique.
- Quintiliano, Marco Fabio. 1982. *Sobre la institución oratoria*. En Ángeles Galino (Directora y Editora): *Textos pedagógicos hispanoamericanos*. Madrid, Narcea, S. A. de Ediciones.
- Ramírez Caro, Jorge. 2003. *Los juegos del duende. El taller del lector y el escritor*. Heredia, Costa Rica: Editorial de la Universidad Nacional.
- Sartre, Jean-Paul. 1982. *L'imaginaire. Psychologie phénoménologique de l'imagination*. Paris, Éditions Gallimard, Collection Idées.